

loncello con sordina ejecutaban cuartetos de Haydn.

Juan Valjean se había sentado en el salón detrás de la puerta, cuya hoja casi le ocultaba. Algunos momentos antes de sentarse á la mesa, Cosette le hizo un gran saludo, cogiendo entre los dedos la saya de su vestido de novia, y le preguntó si estaba contento.

—Sí,—contestó Juan Valjean.

—Pues entonces reíos.

Juan Valjean se sonrió.

Poco después anunció Vasco que estaba servida la sopa.

Los convidados, precedidos del señor Gillenormand, que daba el brazo á Cosette, entraron en el comedor y se fueron colocando en torno de la mesa.

Dos grandes sillones figuraban á derecha é izquierda de la novia, el primero para el señor Gillenormand y el segundo para Juan Valjean. El señor Gillenormand se sentó, pero el otro sillón permaneció vacío.

Buscóse con la vista al señor Fauchelevent.

No estaba allí.

El señor Gillenormand interpeló á Vasco.

—¿Sabes dónde está el señor Fauchelevent?

—Señor,—respondió Vasco,—precisamente acaba de salir, encargándome dijese al amo que padecía un poco de la mano que tiene enferma, lo cual le impedía comer con el señor barón y la señora baronesa. Que rogaba se le dispensase y que vendría mañana á primera hora.

Aquel sillón vacío entibió un instante la efusión del banquete nupcial; pero si el señor Fauchelevent se había ausentado, el señor Gillenormand se encontraba allí y el abuelo valía por dos.

Dijo que el señor Fauchelevent hacía bien en acostarse temprano, si la mano le molestaba, y que no merecía la pena de afligirse. Esta declaración bastó.

Además, ¿qué es un ángulo oscuro en medio de tal irradiación de alegría? Cosette y Mario se hallaban en uno de esos momentos egoístas y dichosos en que todas las facultades se concentran en la percepción de la felicidad.

Al señor Gillenormand se le ocurrió una buena idea.

—¡Pardiez! Supuesto está vacío ese sillón, pasa tú á él, Mario. Tu tía, aunque le asista derecho para retenerte á su lado, te lo permitirá. El sillón es tuyo. La ley y el amor así lo disponen. Fortunato junto á Fortunata.

Hubo un aplauso general. Mario ocupó al lado de Cosette el sitio destinado á Juan Valjean; y las cosas se arreglaron de manera que Cosette, al principio triste por la ausencia de aquél, acabó alegrándose del cambio. Con tal de reemplazarle Mario, Cosette no hubiera echado de menos ni al mismo Dios. Puso su lindo pie, calzado de raso blanco, sobre el pie de Mario.

Una vez ocupado el sillón, se olvidó al señor Fauchelevent; y al cabo de cinco minutos, como si nadie faltase, la risa y el júbilo reinaban de un extremo al otro de la mesa.

En los postres, el señor Gillenormand, de pie, con una copa de Champaña en la mano, medio llena para que el temblor de sus noventa y dos años no la hiciera verterse, brindó por los novios.

—No os libraréis de dos sermones,—exclamó.—Por la mañana habéis oído el del cura; esta noche oiréis el del abuelo. Escuchadme; voy á daros un consejo: adoraos. Yo no me ando con rodeos, sino que voy desde luego al grano; ¡sed dichosos! En la creación no hay más sabios que las tórtolas. Los filósofos dicen: Moderad vuestra alegría. Yo digo: Splendite la rienda. Prendaos uno de otro furiosamente,

como diablos. Los filósofos desbarran. Quisiera hacerles tragar su filosofía. ¿Acaso en la vida pueden sobrar nunca los perfumes, los botones de rosa entreabiertos, los ruiseñores cantando, las hojas verdes, la aurora? ¿El amor puede estar nunca de más? ¿En agradarse mutuamente puede haber exceso? ¡Cuidado, Estela, que eres demasiado linda! ¡Cuidado, Nemoroso, que eres demasiado guapo! ¡Disparates! ¡Como si por mucho que se disfrute no fuese siempre poco! ¡Como si la vida no pareciera siempre corta, y lo mismo la felicidad!... ¡Moderad vuestra alegría! ¡Vayanse al diablo todos los filósofos! La sabiduría consiste en divertirse. Divertíos, divirtámonos. ¿Somos felices porque somos buenos, ó somos buenos porque somos felices? ¿El Sancy lleva este nombre porque ha pertenecido á Harlay de Sancy, ó porque pesa ciento seis quilates? No lo sé; abundan en la vida estos problemas; pero lo que importa es poseer el Sancy y la felicidad. Seamos dichosos, sin meter-nos en cuestiones. Obedezcamos ciegamente al sol. ¿Qué es el sol? El amor; y quien dice amor, ha dicho mujer. ¡Ah! ¡ah! La mujer es omnipotente. Preguntad á ese demagogo de Mario si no es esclavo de esa tiranuela de Cosette. ¡Y de buen grado, el pícaro! ¡La mujer! No hay ningún Robespierre capaz de resistir-le. La mujer reina. De hoy más no soy realista sino de ese trono. ¿Qué es Adán? El reino de Eva. Para Eva no hay 89. La revolución hizo pedazos, como si fuesen de paja, el cetro real coronado de una flor de lis, el cetro imperial coronado de un globo, el cetro férreo de Carlomagno, el cetro de oro de Luis el Grande; todo se acabó, todo rodó por el suelo; pero ¡sublevaos contra ese pañuelito bordado que huele á pachulí! Me holgara de veros. Intentadlo. ¿De dónde proviene su solidez? De que es un pedazo de trapo. ¡Ah! ¡Sois el siglo xix! ¿Y qué? ¡Nosotros éramos el

siglo xviii, tan imbéciles como vosotros! No os figuréis que el universo haya progresado mucho, porque vuestro mata-gente se llame el cólera-morbo, y vuestro baile la cachucha; en el fondo siempre habrá que amar á las mujeres. Os desafío á que salgáis de este círculo. Esas picaruelas son nuestros ángeles. Sí; el amor, la mujer y el beso, es un círculo del que, repito, os desafío á salir. En cuanto á mí, de buena gana volvería á entrar en él. ¿Quién de vosotros ha visto elevarse en el infinito, apaciguando todo á sus piés, la estrella de Venus, la gran coqueta del abismo, la Celimena del Océano? ¡El Océano! ¡Terrible Alcestes! Pues bien, en vano se alborota; porque aparece Venus, y tiene que sonreirse. Con ser fiera, se somete. Así somos todos. ¡La cólera rompe el cauce y no se oyen más que gritos, maldiciones; la casa va á venir al suelo; pero se presenta una mujer, brilla una estrella en el tempestuoso horizonte, y todos se postran! Mario combatía hace seis meses y hoy se casa. Perfectamente. Mario, Cosette, sí, tenéis razón. Existid el uno para el otro, embebecos amándoos, hacednos reventar de envidia por no poder imitaros; idolatras. Tomad en vuestros dos picos todas las ramitas de felicidad que hay en la tierra, y construíos un nido para toda la vida. ¡Pardiez! Amar, ser amado. ¡Qué placer cuando uno es joven! No creáis que habéis inventado esto. También yo he soñado, también yo he suspirado, también yo he tenido alma, radiante de luz. El amor es un niño de seis mil años, con derecho á una gran barba blanca. Matusalén es un chiquitín al lado de Cupido. El hombre y la mujer aman desde hace sesenta siglos. El diablo, como maligno que es, se ha puesto á aborrecer al hombre, y el hombre, más maligno que el diablo, se ha puesto á amar á la mujer. De donde le ha resultado un bien mayor que el mal que le ha hecho el diablo. El amor

es tan antiguo como el paraíso terrenal. La invención, amigos míos, es vieja, y, sin embargo, conserva toda su novedad. Aprovechaos. Sed Dafnis y Cloe, mientras llega el tiempo de que seáis Filemón y Baucis. Conducíos de manera que, cuando estéis juntos, nada os falte, y que Cosette sea el sol para Mario, y Mario el universo para Cosette. Cosette, que la sonrisa de vuestro marido sea el buen tiempo; Mario, que las lágrimas de tu mujer sean la lluvia, y que no llueva jamás en vuestra casa. Habéis robado á la lotería el buen número, el amor en el sacramento; tenéis el premio gordo, guardadlo bajo de llave, no lo malgastéis; adoraos y no os cuidéis de lo demás. Creedme. El sano juicio os habla por mi boca, y el sano juicio no miente. Sed el uno para el otro una religión. ¡Amigos míos, que viva la mujer! Soy viejo, según dicen; pero admira el ver estos humos de joven que en mí siento. Quisiera ir á oír las zampoñas en los bosques. Me embriaga el espectáculo de esos jóvenes hermosos y felices. Me casaría de buena gana si encontrase con quién. Es imposible imaginar que Dios nos haya destinado á otra cosa que á idolatrar, á arrullar, á galantear, á ser palomo, á ser gallo, á picotear á su amada desde por la mañana hasta la noche, á mirarse en su mujercita, á enorgullecerse, á triunfar, á cuchichear; tal es el objeto de la vida. Así pensábamos nosotros cuando éramos jóvenes. ¡Por vida de! ¡Y qué preciosas mujeres había en aquella época! ¡Qué palmitos! ¡Qué pimpollos de flores! Eran mi viña. Ea, pues, amaos. Si los jóvenes no se aman, no sé de qué serviría la primavera; por mi parte, rogaría á Dios que encerrase las maravillas que nos pone de manifiesto, que nos privase de verlas, que volviese á su caja las flores, las aves y las muchachas bonitas. Hijos míos; recibid la bendición de vuestro abuelo.

La noche se pasó alegremente. El buen humor del anciano dió el tono á la fiesta, y todos trataron de corresponder á aquella cordialidad casi centenaria. Se bailó un poco, se rió mucho; fué una boda al uso antiguo. El uso antiguo estaba allí representado en la persona del señor Gillenormand.

Hubo ruido y luego silencio.

Los novios desaparecieron.

Un poco después de media noche, la casa del señor Gillenormand se transformó en un templo.

Nos paramos aquí. En el umbral de la noche de boda hay un ángel en pie, sonriéndose, con el dedo sobre los labios.

El alma se hunde en la contemplación ante el santuario, donde se celebra la fiesta del amor.

Debe haber resplandores encima de esas casas. La alegría que contienen debe pasar al través de las paredes, convertida en claridad, é irradiar vagamente en las tinieblas. Imposible que esta fiesta sagrada y fatal no envíe celestes rayos al infinito. El amor es el crisol sublime donde se verifica la fusión del hombre y de la mujer; de él sale el ser uno, el ser triple, el ser final, la trinidad humana. Ese nacimiento de dos almas en una debe causar emoción á la sombra. El amante es sacerdote, la virgen enajenada se asusta. Alguna parte de esta alegría sube hasta Dios. Donde hay realmente matrimonio, es decir, amor, hay idealismo. Un tálamo nupcial es un matiz de aurora en las tinieblas.

Si fuese dado á la pupila material percibir las visiones, ya terribles, ya agradables, de la vida superior, probablemente vería las formas de la noche, los desconocidos alados, los viajeros azules de lo invisible, inclinar satisfechos sus cabezas sombrías al rededor de la casa luminosa, mostrándose unos á otros y bendiciendo á la tímida y virginal esposa y con el

reflejo de la felicidad humana en sus divinos rostros. Si en esa hora suprema, los esposos, deslumbrados por el deleite, y que se creen solos, escuchasen, oirían en su cuarto un ruido confuso de alas. La perfecta dicha supone la solidaridad de los ángeles. La obscura alcoba tiene por techo todo el cielo. Cuando dos bocas, santificadas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que no responda al inefable ósculo un dulce estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Estas felicidades son las únicas verdaderas. No hay alegría fuera de estas alegrías. El amor es el solo éxtasis. Todo lo demás llora.

Amar ó haber amado: basta. No pidáis más. No hay otra perla que buscar en los piélagos tenebrosos de la vida. Amar es una consumación.

III

LA INSEPARABLE

¿Qué se había hecho de Juan Valjean?

Inmediatamente después de haberse sonreído, cediendo á la graciosa intimación de Cosette, Juan Valjean aprovechó un instante en que nadie le miraba, salió del salón y entró en la antecámara. Era la misma antecámara donde, ocho meses antes, había entrado cubierto de cieno, de sangre y de polvo, trayendo al nieto á casa de su abuelo. La antigua ensambladura estaba adornada con hojas y flores, y los músicos ocupaban el sofá en que se había depositado á Mario. Vasco, vestido de negro, con el calzón corto y las medias y los guantes blancos, colocaba guirnaldas de rosas al rededor de las fuentes que iban á servirse.

Juan Valjean le mostró su brazo en cabestrillo, y se marchó, encargándole explicase el motivo de su ausencia.

Las ventanas del comedor daban á la calle. Juan Valjean permaneció algunos minutos de pie inmóvil en la obscuridad, delante de aquellas ventanas iluminadas. Estaba escuchando. El confuso ruido del banquete llegaba hasta él. Oía la voz alta y magistral del abuelo, los violines, el sonido de los platos y los va-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO H. 193
Apdo. 1625 MONTERREY, NLXCS